

## LA DESMESURA

Por Miguel A. Mullen  
5º Letras

Villa Constitución. A las ocho de la noche, golpeamos a la puerta de don Armando Barbas para ver a su hijo Herni. No sé a Iván, pero a mí me sorprende mucho la figura del hombre. Un cinturón de cuero sostiene sus pantalones de parches azules. Sus manos trabajadas y peludas nos saludan efusivamente. Hacia arriba, una camisa amplia, color sábana vieja, disimula una panza considerable. Los movimientos de los brazos cortos y regordetes hacen más viva su conversación. Hacia abajo, los zapatos gastados ponen fin a la vestimenta del dueño de casa.

Dolores nos saluda con un beso. La mujer me encanta pero dan lástima sus ojeras. Nos dice que su hijo está durmiendo y que ya lo va a despertar.

—No se preocupe, señora, que no tengo apuro —le dice Iván.

La mujer se retira del living y se pone a cocinar.

—¿Quieren un copetín, muchachos? —nos pregunta el padre de Hernando.

—Sí, contesté agradecido.

—Ya traigo algo para picar.

Vuelve con una bandeja.

—Iván te llamás vos, ¿no? Herni me aviso que vendrías. Me da mucha alegría que me visiten. Y vos... Agustín ¿no?

Le contamos que nunca hemos estado en el barrio, que es muy lindo y que fue casualidad que nos conociésemos con Herni en clase de Filología.

—Eran los únicos varones ¿no?

—Sí, antes tuvimos un compañero, pero quedó rezagado —contesté yo para intervenir más.

—¿Gerardo Paredes?

—El mismo. ¿Cómo lo conoce?

—Gerardo ha cenado con nosotros.

Sospeché mucho de esta última frase porque me constaba que Herni no era amigo de Gerardo. ¿Para que lo habría invitado? ¿Serían amigos antes de aquella cena?

Durante el copetín, van saliendo temas de la carrera de Letras. Don Hernando es el que más habla.

Entre otras cosas, recuerda que su hijo estuvo enfermo cuando vino Gerardo aquella vez.

Ya llevamos una hora de conversación, cuando aparece el anfitrión. Tiene la bata puesta y el termómetro en la mano.

—¿Qué tal, Iván? ¿Qué tal, Agustín?

—Bien, ¿y vos? —le dice Iván mientras yo gestualizo mi respuesta.

—Más o menos. Papá, volvió la fiebre. Como rápido y me voy al sobre, así me curo para el lunes. ¿Les importa muchachos?

—Veo que estás averiado. No te preocupes, otra vez será —le digo yo.

Durante la cena, don Barbas cuenta la historia de la familia. Un asunto francamente interesante. El abuelo español empezó de abajo. A él le debían el pollo y las papas al horno que estábamos cenando. Fue canillita, kiosquero, puso un bar, una florería, una peluquería y ya no recuerdo que más hizo. Ah, olvidaba que a los treinta y cinco años se mudó del conventillo.

Con el postre —que ella no quiere probar— y otro cariñoso beso, deserta la única mujer. Se aleja con los brazos estirados a ambos lados de su esbelta figura. La noche quizá disminuya en algo sus ojeras. No ha pronunciado palabra durante la cena.

Un termo de buen café está sobre la mesa. Mientras Armando nos colma dos generosas tazas, la conversación sigue su rumbo.

Son las diez y media. El tema son los estudios del viejo. Me levanto con energía para salir de ese infierno de palabras y sobreviene una pregunta que detiene mi fuga por unos minutos:

—¿Querés ir al baño, Agustín?

—Sí, vuelvo enseguida.

En el baño —donde se suelen tomar decisiones— resuelvo abandonar a Iván en manos de Barbas. Más tarde conseguí disculparme.

—Sabe, don Armando, yo tengo que irme. Me espera mi abuela (que ha muerto hace dos años) y no puedo fallarle.

Tomé mi campera —que tantas veces me sugirió empaquetar a este marido de pesadilla— y me fui. El resto de la historia la supe por Iván después de mi disculpa y su perdón.

El hombre se ha tornado insoportable. Es aburrido, gris, lluvioso, empalagoso, dormitivo, insípido, latoso y agotador.

No entiendo porque Iván no se va.

—Don Armando, ¿cómo conoció a su mujer? — pregunta con esfuerzo.

—Es una larga historia. Nos conocimos en una clase de Derecho Procesal. Tenía veintiún años y era un bombón. Yo dejé de asistir a los cursos con los primeros parciales pero la llamaba por teléfono público. Recuerdo que llegué a gastar diez cospeles en una noche. Me dijo que no lo hiciera más y que, como máximo, gastase tres. Me cayó pésimo. No me gusta que me recorten las conversaciones. Ella tenía veintitrés y yo veintiocho cuando nos casamos. La fiesta del casamiento fue un gran lío...

Es la una de la mañana. Iván bosteza como un oso. Don Armando Barbas sigue con lo que hizo el tipo más desgraciado que ha conocido: el "Chicho" Villegas.

A las dos, demuestra que sabe mucho de música. Prefiere a Bach antes que a Mozart y a Los Chalchalers frente a Cafrune. Le gusta Simon and Garfunkel y los Beatles. Su gusto abarca también Queen y la música griega.

Son las tres de la mañana. El chiste número cuarenta y nueve no le hace mucha gracia a Iván. Intenta una carcajada pero nada sale. Los cuenta la mar de bien pero nunca se detiene. Pinta la situación con gracia y detalle pero sus esfuerzos caen en la bolsa rota del hombre aniquilado por las sílabas que es Iván.

Admito que no soporto a los verborrágicos. Le hubiese puesto mil tapones entre sus labios y gritado *silencio, silencio* hasta ensordecerlo.

Ahora Iván escucha su preferencia por el *Clarín*, que es un diario para el pueblo. Hilvana este tema con la burocracia argentina, la corrupción de los políticos, el plan económico de Cavallo, su afición por el canotaje, su primer auto, el único robo que presenció en su vida, el Torino que heredó de su padre, su primer trabajo en el Banco de Galicia y sus viajes a Neuquén y a San Martín de los Andes. Por supuesto, no olvida la primera coima de su existencia, de la cual está arrepentido.

El reloj de la chimenea marca las cinco y media de la mañana. De pronto, con la parsimonia de un león, el hombre bosteza. Iván aprovecha la oportunidad y se levanta.

—Perdone, señor Barbas, pero se nos ha hecho un poco tarde y tengo que irme.

—¿No querés desayunar conmigo?

—No, gracias. Le agradezco muchísimo pero debo irme —pronuncia por fin Iván sin vacilaciones.

Entre que le devuelve su abrigo, y recibe algunas recomendaciones de padre para la vida, se hacen las seis de la mañana.

—Suélteme, don Armando, le digo que tengo que irme.

—Unos minutos más, por favor, por favor —suplica el hombre.

Pero Iván abandona la casa tratando de aliviar el dolor en sus muñecas y arreglándose un poco la ropa. La ciudad está despierta hace rato y lo serena con sus ruidos.

A nuestro amigo Herni no le hemos visto en clase desde aquella vez. Parece que lo cansó la filología. De todas formas, se ha interesado mucho en los idiomas y está cursando Latín con Emilio Castillo. Creo que va a cenar con la familia Barbas la semana que viene.

